

TRECE AÑOS NO ES MALA SUERTE. ES DIGNIDAD Y CORAJE

Cándido Ruiz González

En 2004 seis personas reunidas en una cafetería creaban una asociación cultural ante la evidente necesidad existente en Toro, convertida paulatinamente, pero sin descanso, en un desierto cultural, por los que ven la cultura de un pueblo como un enemigo que puede acabar con sus tejemanejes y sus privilegios. Hoy, trece años después, seguimos inmersos en esta lucha, que es sacar adelante la actividad cultural ante la desidia y apatía de parte de la población, los intentos de utilización por parte del poder político (al que solo le interesa mezclar las cosas y ocultar su incapacidad política), la difamación de otros que crean sus dianas particulares, aunque sepan que todo sean burdas mentiras e, incluso, las persecuciones más viles que nos podamos imaginar, retorciendo los instrumentos legales y la administración hasta extremos inimaginables para cualquier persona decente.

Pero esta actuación en estos trece años, solo es posible, a pesar de todo lo que hemos mencionado anteriormente y de su gravedad, gracias a dos elementos: dignidad y coraje.

Dignidad, para tener claro qué es la cultura y que no puede ser manipulada por los de los votos y las fotos, que es necesario el aprendizaje, la escucha proactiva y la participación sincera. Dignidad es tener meridianamente claro que no se puede vivir de rodillas, esperando el maná de las instituciones o que hagan algo “los que saben” (que ya hemos visto lo que saben). También supone ser críticos con lo que tenemos y funciona mal. Y es combatir dos posturas, contradictorias en apariencia, pero realmente complementarias: Una, es mirarse el ombligo y creerse los mejores, los que tienen más y mejor patrimonio o creerse únicos por determinadas tradiciones, hábitos o costumbres; y, otra, es lamentarse continuamente por la pérdida de un pasado glorioso (que realmente no fue así), de tener mala suerte, de que nadie hace nada y de que siempre ha sido así (lo cual tampoco es cierto). Ambas actitudes, que parecen antitéticas, en realidad se refuerzan mutuamente y conducen a la parálisis, la apatía, la inacción y, lo peor de todo, intentan impedir que otros lo hagan, porque ligado a estas dos actitudes está el colofón de pensar que quien lo hace, tiene unos fines espurios, persigue un beneficio particular y, además, deja en evidencia a todos los que nunca han hecho nada o lo hacen precisamente por esos fines espurios que critican. Y eso no se puede consentir, no se les puede dejar en evidencia: el siguiente paso es difamar y menospreciar la labor realizada o a realizar, así como desear su fracaso.

Coraje para afrontar los problemas y dificultades que siempre surgen en cualquier empresa humana. Coraje para alzarse contra las injusticias, los favoritismos, el dedo del poder que tanto daño hace y los obstáculos, tanto humanos, como los relacionados con la falta de recursos. Y valentía para no someterse a los dictados de los que compran voluntades con subvenciones y manipulan los votos y las fotos. Coraje para enfrentarse al miedo al poder que atenaza, ese miedo que tiene dos objetivos: paralizar a la población (que nadie haga nada, que nadie disienta, que todo siga igual, que no se amenacen privilegios y prebendas) y corromper la moral de la población, pues el miedo lleva al sometimiento, porque el poder puede hacer daño, puede perseguir, puede acabar con la vida civil de los ciudadanos. Y ello conduce a justificar la propia actuación, lo cual se traduce en difamación, apatía y deseo del fracaso del prójimo. Se cierra el círculo.

El número trece no trae mala suerte. Trece años son por dignidad y coraje. Seguimos.